

X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional del Rosario. Departamento de Historia de la Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional del Litoral, Rosario, 2005.

La ciudad de Rosario y el proyecto nacional en la visión de Estanislao Zeballos y Juan Álvarez.

Santiago Javier Sánchez.

Cita:

Santiago Javier Sánchez (2005). *La ciudad de Rosario y el proyecto nacional en la visión de Estanislao Zeballos y Juan Álvarez*. X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional del Rosario. Departamento de Historia de la Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional del Litoral, Rosario.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-006/279>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Santiago Javier Sánchez.

Mendoza 3006 (PB, 01) - 2000 Rosario - Tel. 155-607864 - santiagosanchez@hotmail.com

Universidad Nacional de Rosario. Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales. CONICET.

Título: La ciudad de Rosario y el proyecto nacional en la visión de Estanislao Zeballos y Juan Álvarez.

En el tránsito del siglo XIX al XX Estanislao Zeballos (1854-1923) y Juan Álvarez (1878-1954) fueron dos intelectuales rosarinos que reflexionaron, desde matrices liberales, acerca de la identidad nacional en formación y del rol que le cabía a su ciudad en el país. La confianza en el progreso y en la construcción de una nueva Argentina proyectada hacia el futuro y no hacia el pasado criollo, que era rechazado, configuraron en ellos un nacionalismo radicalmente diferente al nacionalismo telurista y esencialista esgrimido por otros intelectuales contemporáneos como Ricardo Caballero, Manuel Gálvez, Leopoldo Lugones y Ricardo Rojas.

A lo largo de su extensa obra erudita, y como funcionarios públicos, Zeballos y Álvarez celebraron los beneficios aportados por el progreso material y por la inmigración al país, sin dejar de abogar, sin embargo, por reformas profundas en las leyes inmigratorias y por la corrección del desequilibrio tradicional entre Buenos Aires y el interior. Ambos intentaron reafirmar el proyecto liberal decimonónico, en los albores de un siglo XX tensionado por la multiplicidad de las identidades colectivas en pugna y por los conflictos sociales.-

X° JORNADAS INTERESCUELAS / DEPARTAMENTOS DE HISTORIA

Rosario, 20 al 23 de septiembre de 2005

Título: **“La ciudad de Rosario y el proyecto nacional liberal en la visión de Estanislao Zeballos y Juan Álvarez”**

Mesa Temática: **Mesa N° 28:** *“Historia intelectual argentina y latinoamericana en los siglos XIX y XX”*

Pertenencia institucional: Universidad Nacional de Rosario – Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales – Doctorado en Ciencia Política

Autor: Santiago Javier Sánchez, becario doctoral CONICET

Dirección, teléfono, fax y dirección de correo electrónico: Mendoza 3006 PB 01 – 2000 Rosario – 155-617864 – santiagosancheznob@hotmail.com

La Patria Nueva y la Patria Vieja

El 25 de septiembre de 1864 los campos cercanos a la posta santafesina de Arequito sufrían una agitación extraordinaria. Haciendas vacunas y caballares, conducidas por jinetes frenéticos, eran agrupadas en los corrales o dispersadas en los parajes más recónditos, las tropas de carretas se apartaban de las huellas y los lugareños se apiñaban, aterrorizados, en los ranchos de las estancias. El lejano rumor de cascos y los estampidos de los cañones llegaban en oleadas intermitentes, mientras los chasquis, montados a caballo, pasaban corriendo a todo galope.

Estas escenas de pánico, tan comunes en la campaña rioplatense durante el siglo XIX, eran presenciadas por un niño de diez años, quien las rememoraría, casi dos décadas después:

A la madrugada siguiente, cuando las estrellas brillaban todavía en el azul oscuro de un hermoso cielo austral, oíamos en la estancia el tropel lejano de las cabalgadas indígenas esparcidas en los campos; y a la tarde, después de un día de zozobra, de llantos, de cautiverio y de matanza, los indios desaparecían con un inmenso botín, en la línea en que cae el cielo para envolver la tierra¹.

En una reacción desesperada, cincuenta jinetes se lanzaron a la persecución de los indios, con quienes se enfrentaron tres días más tarde en Loreto. Pero el desastre no pudo ser peor: cuarenta de ellos fueron muertos y sólo diez consiguieron escapar con vida. A la devastación del malón se sumó entonces el horror de estas muertes inútiles.

El niño que presenciara estos sucesos era Estanislao Zeballos, natural de la ciudad del “Rosario de Santa Fé”, quien no volvería a visitar los campos de Arequito sino hasta 1878, catorce años más tarde. Durante este lapso, mucha agua correría debajo del puente. El niño devendría adolescente, obtendría una beca para estudiar en el Colegio Nacional de Buenos Aires y se recibiría de abogado a los veinte años, también en la capital, en la que se radicaría. Paralelamente, haría sus primeras armas en el periodismo, como redactor del diario “La Prensa”. ¿Qué había acontecido, en tanto, en aquel rincón de la provincia de Santa Fe?

En 1878, á los catorce años, volví á la (Colonia) Candelaria y no vagaron los ojos en aquel solitario desierto que durante mis primeros años crucé cien veces, cuando la población apenas asomaba tímidamente concentrándose en fortines, y los araucanos recorrían los campos y no era posible alejarse á cien metros de la trinchera sin peligro de vida (...) El trabajo constante y transformador muestra su huella civilizadora por todas

¹ ZEBALLOS, Estanislao. **La rejión del trigo** (edición con la ortografía original), Hyspamérica, Madrid, 1984, p.24.

*partes y son sus espléndidos monumentos la población centuplicada, las casas, las arboledas, las plantaciones y los trigales, lindando los unos con los otros hasta perderse de vista*².

¿Cuáles habían sido los agentes de este cambio tan radical? Sin duda alguna, el ferrocarril y la inmigración, alentados por un proyecto de país liberal, el de la Generación del '80. Estanislao Zeballos, precisamente, fue uno de los miembros más activos de este grupo, como intelectual y como funcionario del régimen oligárquico. En 1879 publicó su primera obra, “La conquista de quince mil leguas”, un extenso informe inmediatamente posterior a la Campaña del Desierto de 1879, dedicado, muy significativamente, al General Julio Argentino Roca. Fue éste el primero de una serie de libros de viaje, la mayoría de los cuales versaría también sobre la cuestión indígena. “Viaje al país de los Araucanos” (1881), “La dinastía de los Piedra” (1884), “Painé y la dinastía de los Zorros” (1886), “Relmu, reina de los Pinares” (1888), son obras en las que se entremezclan la descripción geográfica y la crónica novelada, y que, además de analizar el rol desempeñado por los indios durante el siglo XIX, procuran legitimar la Conquista del Desierto.

Entre estas obras de juventud se cuenta también “La región del trigo” (1883), producto, en parte, de un viaje realizado a las colonias agrícolas del sur y del centro de Santa Fe, y en las que Zeballos, por entonces diputado nacional, expone algunas de sus ideas en relación a esta región y al país.

En sus consideraciones más generales, Estanislao Zeballos marca una clara divisoria entre la etapa previa al ferrocarril y lo que vino después. Tras una época de estragos y de anarquía provocados por las guerras civiles, el ferrocarril significó “la alborada de una nueva era”³. Hasta entonces, entre el Interior y el Litoral, se había extendido el Desierto, escenario de la Barbarie, en donde los indios impedían la realización de cualquier proyecto nacional, por lo que el tendido de rieles fue la primera avanzadilla de la civilización.

Sin embargo, las consecuencias iniciales resultaron catastróficas para gran parte de la población criolla. Zeballos cita el ejemplo de una vecina de Rosario, Doña Eulojia Ramos, perjudicada económicamente por la inauguración del Ferro Carril Central Argentino, entre su ciudad y Córdoba. Como a tantos otros pobladores nativos, a uno de sus nietos le confiscaron parte de su estancia, por hallarse sobre la línea de las vías proyectadas, y otro, que poseía una tropa de carretas, no pudo competir con el nuevo medio de transporte, y quedó en la ruina.

Doña Eulojia corporizaba, según Zeballos, el espíritu tradicional, de la Colonia, y el odio y la resistencia de las gentes más simples a los

² ZEBALLOS, Estanislao, op. cit., pp. 25-26.

³ ZEBALLOS, Estanislao, op. cit., p.14.

“agentes del progreso” y a los “gringos”⁴. En la provincia de Santa Fe, como en ninguna otra región del país, se estaba librando, justamente, una batalla entre este espíritu primitivo y el Progreso. Rosario, desarrollada durante el período de la Confederación Argentina (1852-1861), ciudad cosmopolita y cada vez más opulenta, era producto directo de esta situación.

Santa Fe, en la visión de Estanislao Zeballos, era “tierra nueva”, en la que el Progreso se iba imponiendo, de manera gradual y pacífica. Superadas las resistencias iniciales, todos, incluso Doña Eulojia, terminarían reconociendo los beneficios de la nueva coyuntura:

*La Unificación Nacional por la incorporación de Buenos Aires, que Doña Eulojia había anatemizado en 1862 con acento sacerdotal, era ahora para ella la causa eficiente de los grandes adelantos de la Pátria, que habían proporcionado á su familia el bienestar y la abundancia. Esperaba la muerte, sentada en la cuna de sus antepasados, con la calma de una persona que ha alcanzado en la vida la suma felicidad*⁵.

La transformación de esta mujer había sido completa, tal como lo había sido la de la región. En lugar de los indios, colonos de diversos orígenes (no sólo extranjeros, sino también criollos) poblaban y trabajaban ahora los campos. Alentados por las seguridades otorgadas por el gobierno a la vida y a la propiedad, estos colonos gozaban de una existencia próspera y sana, muy superior a la de las ciudades populosas. En el campo santafesino no había miseria, ni vicios, ni delitos.

Aunque el rol desempeñado por los inmigrantes resultaba fundamental, los beneficios de este Progreso eran para todos iguales, y los criollos también podían ser agentes eficaces del cambio:

*Humildísimos gauchos, de esos a quienes sin conocerlos ni estimarlos justamente, no les concedemos más que la holgazanería por aptitud, y el deseo de estar constantemente echados de barriga, como medios vitales, son, sin embargo, los obreros y los propietarios de las grandes áreas sembradas*⁶.

Muy diferente sería, como veremos, la visión de Juan Álvarez a este respecto, quien consideraba al gaucho como inasimilable a la civilización. En “La región del trigo”, en cambio, la celebración del Progreso alcanza cimas de tan exultante optimismo que no hay lugar para el desprecio y el desánimo. Por otra parte, en Zeballos, al igual que en Álvarez, el amor a la

⁴ ZEBALLOS, op. cit., p.19-20.

⁵ ZEBALLOS, op. cit., p.38.

⁶ ZEBALLOS, op. cit., pp. 31.

Patria no se funda en la veneración del pasado criollo, sino, por el contrario, se encuentra ligado a un proyecto de país. La nacionalidad no está arraigada en el ayer, sino en el futuro, y la “ley de progreso” es considerada natural, e irresistible. Las sociedades, en la visión de Zeballos, son equiparables a organismos, y los gobiernos a medicamentos. De esta manera, la influencia de los gobiernos sobre sus sociedades es muy limitada, ya que éstas marchan solas. Pero en el caso santafesino, la vitalidad del organismo social era tan vigorosa que terminaría imponiéndose por sobre los “achaques de la política”.⁷

En “La región del trigo”, el Progreso es siempre benéfico, e irrefrenable. Sin violencias ni traumas duraderos, se impone de manera natural y paulatina. Incluso en la más tradicional ciudad capital, la “Santa Fe Nueva”, con sus comercios, su industria y sus inmigrantes, iba absorbiendo lentamente a la “Santa Fe Vieja” de las iglesias y los conventos ruinosos⁸. El sistema de colonización llevado adelante en la provincia de Santa Fe, representaba además, para Zeballos, el ejemplo ideal de cómo debía manejarse la cuestión de la inmigración.

Los últimos capítulos de “La región del trigo” están dedicados a los inmigrantes. Partiendo de la base de que “todos los problemas argentinos están subordinados al problema de la población”⁹, y de que la prosperidad del país no se lograría sin el aporte de los extranjeros, Zeballos analiza los datos estadísticos disponibles acerca del arribo y la instalación de los inmigrantes en el período 1857-1882 y las erráticas políticas gubernamentales al respecto.

A pesar de que el grueso de la emigración europea se dirigía a los Estados Unidos, la Argentina, en opinión de Zeballos, era por entonces el país que mejores garantías jurídicas ofrecía al extranjero, quien prácticamente se hallaba en pie de igualdad frente al nativo. A esta circunstancia debía sumarse el respeto por el espíritu nacional de cada grupo de inmigrantes.

La República Argentina había tomado algunas medidas en ese sentido, que Zeballos no deja de mencionar: la libre navegación de los ríos, el afianzamiento de las relaciones pacíficas y de comercio con las potencias, y la erección de monumentos en homenaje a diferentes personalidades extranjeras tales como Mazzini, Garibaldi, Crevaux (explorador francés), y Amadeé Jacques, sabio de esta misma nacionalidad.

Estanislao Zeballos, además de mencionar las ventajas institucionales de la Argentina sobre Europa, hace lo propio con aquellas ofrecidas por la naturaleza, tales como la amplia variedad de climas, que permitía la radicación de europeos de todas las regiones del Viejo

⁷ ZEBALLOS, op. cit., pp. 36.

⁸ ZEBALLOS, op. cit., Capítulo VI, “Santa Fé”, pp. 117-134.

⁹ ZEBALLOS, op. cit., p. 167.

Continente, la fertilidad del suelo y los vastos y aún vírgenes territorios. Sin embargo, no deja de señalar (y de hacer especial hincapié) en la desidia mostrada por los gobiernos argentinos en relación a la política inmigratoria.

Dos tipos de inmigración distingue Zeballos, una espontánea, escasa en número y de alta calidad, y otra artificial, esto es, propiciada por los gobiernos, y de carácter masivo y pernicioso. La primera es la que prevaleció en las colonias agrícolas de Santa Fe. Como otros liberales contemporáneos suyos, Zeballos defendía el ideal de un inmigrante de clase media, con capital propio, con herramientas y conocimientos prácticos, que reeditase, en estas tierras, la exitosa figura del *farmer* norteamericano. A pesar de alentar la competencia con Estados Unidos en la recepción de inmigración del sur de Europa, Zeballos aspiraba a incrementar el número de inmigrantes anglosajones y germánicos.

Las críticas de Estanislao Zeballos apuntan tanto a los ineficaces agentes de inmigración en Europa, una gravosa carga financiera para el gobierno argentino, como al excesivo costo que implicaba asilar a los extranjeros a su llegada al país. Las masas de inmigrantes así reclutados terminaron, en la mayoría de los casos, generando serios inconvenientes, ya que entre ellos abundaban los “ancianos, inválidos, viciosos, incorregibles y holgazanes”, como asimismo los “criminales”¹⁰. Entre estos inmigrantes, radicalmente diferentes de los “espontáneos”, el inconformismo y la rebeldía estaban siempre latentes.

En consecuencia, el gobierno nacional debía promover la inmigración de clase media, y para ello debía reemplazar a los agentes en Europa por un cuerpo consular activo y de prestigio, hasta entonces inexistente, que además de hacer propaganda difundiera información precisa acerca de la Argentina y facilitase el arribo de los extranjeros, con medidas tales como la venta de tierras a bajo precio, de igual manera a como se hiciera en los Estados Unidos, México y Brasil.

La nacionalidad argentina según Juan Álvarez

El año 1910 fue clave para el régimen oligárquico argentino. Mientras parte del movimiento obrero, con una fuerte presencia anarquista, intentaba boicotear los festejos por el Primer Centenario de la Revolución de Mayo, y sufría una brutal represión, la construcción de una identidad nacional que prevaleciera por sobre la multiplicidad cultural de los inmigrantes seguía siendo un objetivo prioritario. Treinta años atrás, cuando Estanislao Zeballos escribía “La región del trigo”, un primer nacionalismo había dado la luz. El proyecto de la Generación del '80, tan ardorosamente defendido por Zeballos, fue criticado parcialmente.

¹⁰ ZEBALLOS, op. cit., p. 201.

Principió entonces la búsqueda de la “esencia inmutable” de la “argentinidad”.

Fueron exponentes de esta corriente Leopoldo Lugones y Manuel Gálvez¹¹ y, en Rosario, el médico y dirigente del radicalismo Ricardo Caballero. Todos ellos, además, rechazaban el cosmopolitismo imperante y protestaban contra la relajación moral de una sociedad netamente mercantilista.

Este nacionalismo es también llamado “telurista”, puesto que se enraiza profundamente en la descripción y veneración del terruño natal, de sus paisajes rurales y provincianos, y en la idealización de sus pobladores criollos. El gaucho, pastor seminómada a caballo que a fines del siglo XIX ya había desaparecido como tipo social, vencido por las nuevas relaciones de producción capitalistas, y reemplazado por el peón rural, fue entronizado entonces como arquetipo nacional¹².

Juan Álvarez, nacido en 1878 en Gualaguaychú, Entre Ríos, pero radicado en Rosario desde 1890, era, por el contrario, defensor de un liberalismo de raíz alberdiana, aunque sus obras más conocidas, escritas en la época del Centenario, representan una etapa posterior del liberalismo argentino, mucho menos optimista que el de “La región del trigo”. Su padre fue Serafín Álvarez, abogado español, de ideas republicanas y socialistas, vinculado a la I Internacional y autor de numerosos textos de corte político y jurídico, mientras que su hermano Clemente fue un prestigioso médico higienista. Los Álvarez, en el cambio de centuria, se ganaron un lugar destacado en la burguesía local, como familia de profesionales e intelectuales¹³.

La carrera de Juan Álvarez siguió, en buena parte, los pasos de su padre, como abogado y como juez, pero se destacó con absoluta originalidad en su faceta de historiador, evidenciada en “Orígenes de la música argentina” (1908), “Ensayo sobre la historia de Santa Fe” (1910), “Las guerras civiles argentinas” (1914), “El problema de Buenos Aires en la República Argentina” (1917), publicado también como “Buenos Aires”, e “Historia de Rosario, 1689-1939” (1943), la más conocida de sus obras.

En estos textos Juan Álvarez apela (y esto constituyó toda una novedad entre los estudiosos contemporáneos suyos) a un análisis más económico que político, y procura, además, desligarse de cualquier explicación de tipo mitológico. Siguiendo esta línea, lo criollo es descartado como piedra de toque de la “argentinidad”. Toda nacionalidad,

¹¹FALCON, Ricardo. Extranjería, cuestión étnica, clase obrera e identidad nacional en Argentina (1898-1912), Cuadernos del CIESAL, Rosario, 2002.

¹² FALCON, Ricardo, op. cit.

¹³ SONZOGNI, Élica-DALLA CORTE, Gabriela, “Los Álvarez. Una familia ilustrada de Rosario entre dos siglos”, en SONZOGNI, E.-DALLA CORTE, G. (compiladoras), **Intelectuales rosarinos entre dos siglos. Clemente, Serafín y Juan Álvarez. Identidad local y esfera pública**, Prohistoria & Manuel Suárez Editor, Rosario, diciembre 2000, pp. 17-62.

para Álvarez, es un producto histórico, un artificio cambiante y fugaz, y no una esencia inmutable. En este sentido, se diferencia profundamente de los nacionalistas teluristas, tal como podemos advertir en “Orígenes de la música argentina”:

Bajo pretexto de música criolla he agrupado algunos datos que se refieren a la nacionalidad argentina cuyo debilitamiento oigo lamentar. A mi juicio estos datos contribuyen a la demostración de que los argentinos no fueron antes más argentinos, como se afirma, sino simplemente más españoles, más indios o más negros, como consecuencia de una fusión étnica menos compleja, o, en otros términos: que ser más criollos sólo significó para ellos tener una nacionalidad tan variable y tan poco caracterizada como la de que hoy disponemos. Quizás parecido argumento puede hacerse respecto de todas las nacionalidades patentadas¹⁴.

En la visión de Álvarez, toda la etapa colonial y la de las guerras civiles, hasta 1852, con la caída de Rosas y la sanción de la Constitución Nacional, fue una época de pobreza material y de barbarie. Juan Álvarez no encuentra aquí, como sí lo encuentran Rojas, Lugones, Gálvez y Caballero, las supuestas virtudes superiores del criollo. Al desmitificar al gaucho, considerándolo como un producto híbrido, mezcla de indígena y de español, y de nulos aportes a la cultura nacional, que él considera como floreciente sólo en las grandes ciudades al estilo de Rosario, Álvarez hace lo propio también con el “abolengo” hispánico. Aquellos guerreros llegados de la Península eran “sucios, desarrapados, analfabetos, llenos de cicatrices y escapularios”¹⁵, y unos brutales mercenarios dedicados al pillaje.

La escasez de población tornó imprescindible el aporte de los extranjeros. Fueron los europeos, llegados masivamente, los agentes del progreso material en marcha. Sin embargo, Juan Álvarez no deja de advertir los peligros de esta inmigración de masas pobres e iletradas, extrañas a este suelo y a sus tradiciones.

¿Cuál era, entonces, la solución? ¿Bastaba con propiciar, como pretendía Zeballos, la “buena” inmigración, y con garantizar su seguridad jurídica y el respeto de su idiosincrasia? ¿No se corría el riesgo de fragmentar a la joven nación argentina en una serie de colectividades étnico-nacionales diferentes, sin lazos culturales comunes? Estas preguntas, aún no tan acuciantes en la década de 1880, se tornaron obsesivas en torno al Centenario.

¹⁴ ALVAREZ, Juan. **Orígenes de la música argentina**, s/ed., Rosario, 1908, p.1. Citado por GLUCK, Mario. *La Nación según Juan Álvarez*, Segunda Parte del Informe de Trabajo Final, Becas de la Subsecretaría de Cultura de la Provincia de Santa Fe, marzo 2002 (inédito), p. 19.

¹⁵ ALVAREZ, Juan, **Ensayo sobre la historia de Santa Fe**, Establecimiento Tipográfico Malena, Buenos Aires, 1910, p.29.

Una de las alternativas, quizás la más importante, propuesta por los nacionalistas teluristas, es la educación. Ricardo Rojas, por ejemplo, consideraba que el correctivo a esta situación era la enseñanza de la lengua y de la historia argentinas por maestros argentinos, en las escuelas, y se oponía a la existencia de establecimientos educativos sostenidos por los inmigrantes¹⁶.

Es éste el espíritu que animó a la educación pública primaria, laica y obligatoria de estos años, cuyo objetivo principal no era otro que “argentinar” masivamente a los hijos de inmigrantes. No obstante ello, y aún reconociendo los avances en este sentido, Juan Álvarez consideraba que la metodología empleada era insuficiente. El amor a la tierra, según su parecer, se desarrolla de un modo natural y espontáneo. El problema es cuando se intentan crear vínculos de solidaridad entre quienes no se conocen y viven distantes unos de otros, entre fronteras arbitrarias¹⁷. Álvarez subraya que entre los pueblos hispanoamericanos, son muchas más las coincidencias que las diferencias. Por eso, no habría que copiar el nacionalismo de tipo europeo, basado en tradiciones y odios seculares, y en un fuerte contenido emocional:

(..) Salta a la vista que con tal criterio no se prepara a los alumnos contra las ideas disolventes que les esperan en la vida diaria y agitan a los que emigraron de Europa precisamente por no poder vivir en ella. Tiene que defenderse con emociones, no con argumentos, como si nuestra idea de patria se fundase en un concepto acientífico¹⁸.

Para Juan Álvarez los únicos objetivos de la nacionalidad son de tipo práctico, y carecen de toda connotación mítica o poética, como en Rojas. El pasado resulta accesorio, lo importante es el presente y el futuro. Se rechaza así el “quietismo”, el culto del ayer tan presente en los nacionalistas teluristas¹⁹. En todo caso, el estudio de la historia brindará las claves para entender los problemas y las necesidades del presente, tal como señala en el primer capítulo de “Historia de Rosario”²⁰ y como también se deja traslucir en “Las guerras civiles”.

Esta educación en los ideales liberales ayudará, en definitiva, a cohesionar más la nacionalidad. Para ello, es preciso formar “demócratas y ciudadanos”, y lograr que todos los argentinos y residentes extranjeros tengan las mismas posibilidades de progreso material y moral. En ese

¹⁶ FALCON, Ricardo, op. cit., p.13.

¹⁷ ALVAREZ, Juan. **La escuela argentina y el nacionalismo**. Trabajo presentado al Congreso Argentino de Ciencias Sociales de 1916, p.334.

¹⁸ ALVAREZ, Juan, op. cit., p.339-340.

¹⁹ ALVAREZ, Juan, op. cit., p.341.

²⁰ ALVAREZ, Juan. **Historia de Rosario, 1689-1939**. UNR Editora/Editorial Municipal de Rosario. Rosario, 1998 (1ª ed., 1943), pp. 11-26.

sentido, Álvarez era consciente de que la enorme riqueza generada en el país a partir del boom agroexportador y de la llegada masiva de inmigrantes, se hallaba desigualmente distribuida. En “Las guerras civiles”, justamente, en el capítulo VII, “La tierra y los salarios”, se explica la creciente brecha ahondada en este período entre terratenientes y peones asalariados. La crítica al latifundio y la propuesta de una sociedad más progresista, de pequeños y medianos propietarios al estilo de los colonos santafesinos elogiados por Zeballos, está presente aquí.

En tanto y en cuanto el bienestar material y los beneficios de una educación pragmática y ética a la par no lleguen a todos, seguirán operando los “elementos disolventes”, léase la agitación social y los particularismos de los inmigrantes. Estos particularismos, a su vez, deben ser respetados. La escuela, en ese sentido, debe ser “amiga” del inmigrante. Éste debería enviar allí a sus hijos argentinos sabiendo que no serán educados en la intolerancia.

Otro problema fundamental, analizado en “Las guerras civiles argentinas” y en la “Historia de Rosario”, pero de manera más específica en “El problema de Buenos Aires en la República Argentina” es la asimetría entre la Capital Federal y el Interior. Para corregir este desequilibrio, que según Álvarez es artificial y no natural, el Estado nacional debería propiciar el desarrollo simultáneo de varias ciudades, entre ellas Rosario. La “macrocefalia porteña” es otro de los obstáculos para lograr una nación cohesionada, próspera y equitativa.

Conclusiones

Las coincidencias entre Estanislao Zeballos y Juan Álvarez saltan a la vista: ambos fueron liberales del siglo XIX, pertenecieron a la misma burguesía rosarina, y reflexionaron y actuaron, en sus obras y en la función pública, en virtud de los ideales sostenidos por la Generación del '80. Ambos consideraron el pasado criollo como una etapa ya perimida, un peldaño inferior en la escala hacia el Progreso del país, en el que creían firmemente.

Como no podía ser de otro modo en un país tan extenso y tan escasamente poblado la inmigración era el basamento ineludible de este desarrollo, aunque con los recaudos que requería el caso. En Zeballos, veinticuatro años mayor que Álvarez, se encuentra ya la preocupación por la “mala” inmigración, aquella llegada en masa y con apoyo gubernamental. Sólo el inmigrante “espontáneo”, con capitales propios y aptitudes para el trabajo podía hacerle bien al país, aunque llegase en corto número.

En ese sentido, el escenario rural, cuyo ejemplo paradigmático era el de las colonias santafesinas, contrastaba en su prosperidad y moral con las grandes y viciosas ciudades, en las que se apiñaban las multitudes de

extranjeros. En Álvarez, en cambio, la clave a la resolución de este problema estaría en la educación de los hijos de los inmigrantes en los ideales liberales, y en el logro de un bienestar asequible a todos los habitantes de la República por igual.

A Estanislao Zeballos aún no le preocupaba el problema de la identidad nacional, al menos en 1883, cuando publicó “La región del trigo”. En sus descripciones de las colonias de Santa Fe menciona a menudo a los hijos de los inmigrantes nacidos aquí como herederos de las tradiciones culturales de sus mayores pero no por eso menos argentinos, y a los criollos, por su parte, como perfectamente asimilados a la civilización, punto éste en el que difiere con Álvarez, quien considera al gaucho carente de toda aptitud para las labores agrícolas. No se advierten en las páginas de “La región del trigo” señales de un conflicto entre nativos y extranjeros. De manera gradual y pacífica, el Progreso se va imponiendo, y si existe alguna resistencia inicial, como en el caso de Doña Eulogia de Ramos, ésta es rápidamente superada.

Este optimismo de Zeballos no es compartido por Álvarez, quien es más cauto a la hora de analizar los logros obtenidos, y aspira a una intervención más fuerte del Estado nacional en materia económica, con el objetivo de corregir situaciones perniciosas, como el latifundio y la “macrocefalia” porteña. Este estatismo está absolutamente ausente en Zeballos, quien considera que las sociedades son como organismos que se desenvuelven solos, movidos por la “ley de progreso”, y que las medidas políticas a tomar deben ser mínimas.

Finalmente, cabe recordar que Estanislao Zeballos fue uno de los ideólogos de la Generación del '80, y que se desempeñó como funcionario del régimen oligárquico. Su identificación con el poder político fue siempre considerable, mientras que Juan Álvarez, como abogado y como juez, mantuvo una posición mucho más independiente y crítica.

Bibliografía

- ALVAREZ, Juan. **Orígenes de la música argentina**, s/ed., Rosario, 1908.
- ALVAREZ, Juan. **Ensayo sobre la historia de Santa Fe**, Establecimiento Tipográfico Malena, Buenos Aires, 1910.
- ALVAREZ, Juan. **Las guerras civiles argentinas**, EUDEBA, Buenos Aires, 1985 (1ª ed. 1914).
- ALVAREZ, Juan. **La escuela argentina y el nacionalismo**. Trabajo presentado al Congreso Argentino de Ciencias Sociales de 1916.
- ALVAREZ, Juan. **Buenos Aires**, Buenos Aires Cooperativa Editorial Limitada-Agencia General de Librerías y Publicaciones. Buenos Aires, 1918.
- ALVAREZ, Juan. **Historia de Rosario, 1689-1939**. UNR Editora/Editorial Municipal de Rosario. Rosario, 1998 (1ª ed., 1943).

- ASCOLANI, Adrián (compilador). **Historia del sur santafesino. La sociedad transformada (1850-1930)**. Ediciones Platino, 1ª edición, abril 1993, Rosario.
- DE MARCO, Miguel Angel-ENSINCK, Oscar. **Historia de Rosario**, Editorial Colmegna, Santa Fe, 1979.
- FALCON, Ricardo (compilador). **Democracia, conflicto social y renovación de ideas (1916-1930)**, vol. VI “Nueva Historia Argentina”. Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 2000.
- FALCON, Ricardo-STANLEY, Myriam (compiladores). **La historia de Rosario. Tomo 1, Economía y sociedad**, Homo Sapiens Ediciones, Rosario, 2001.
- FALCON, Ricardo. **Extranjería, cuestión étnica, clase obrera e identidad nacional en Argentina (1898-1912)**. Artículo inédito.
- GLUCK, Mario. *La Nación según Juan Álvarez*, Segunda Parte del Informe de Trabajo Final, Becas de la Subsecretaría de Cultura de la Provincia de Santa Fe, marzo 2002 (inédito).
- LOBATO, Mirta Zaida (compiladora). **El progreso, la modernización y sus límites (1880-1916)**, vol. V “Nueva Historia Argentina”, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1999.
- SONZOGNI, E.-DALLA CORTE, G. (compiladoras), **Intelectuales rosarinos entre dos siglos. Clemente, Serafín y Juan Álvarez. Identidad local y esfera pública**, Prohistoria & Manuel Suárez Editor, Rosario, diciembre 2000.
- ZEBALLOS, Estanislao. **La rejión del trigo** (edición con la ortografía original), Hyspamérica, Madrid, 1984.
- ZEBALLOS, Estanislao. **Calvucurá-Painé-Relmu**, Ediciones El Elefante Blanco, Buenos Aires, 1998.